



cha su sinrazon, se puede responder tranquilamente que siempre se ha visto que las olas en tormenta braman furiosas contra la roca inmóvil que les resiste.

Tan léjos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del protestantismo, que estoy convencido de que por más reformas legales que se hubieran hecho, por más condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido, poco más ó ménos, la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era ésta una de aquellas grandes calamidades que sólo Dios, por providencia especial, es bastante á evitarlas.»

La trascendental importancia de la época que comentamos, madre y progenitora de la edad moderna, nos obliga á consignar algunas páginas más, tomadas de fuentes puras de verdad y elevada reflexion filosófico-católica, tan justamente celebrada como lo es la palabra de Alzog y del notable Rorbacher.

Los abusos y exageraciones que se habían mezclado con la vida y doctrinas eclesiásticas, levantaron, dice un historiador alemán, contra la Iglesia, no tan sólo los herejes de que hemos hablado ántes, sino también el celo de varios personajes, que bien á menudo se manifestaron apasionados, algunas veces ciegos, y siempre exclusivos en sus polémicas. Reclamaban y procuraban llevar á cabo una reforma, mas no ya apoyándose en la Iglesia y partiendo del punto de vista católico, como lo habían hecho los miembros más eminentes de los últimos concilios, sino alterando bajo ciertos respectos la sana doctrina, é insistiendo con exageracion y frecuentemente con perfidia, en el ejercicio de la libertad cristiana, en el libre uso de las Sagradas Escrituras, ni más ni ménos que si el verdadero significado de la palabra de Dios y el noble y legítimo uso de la libertad no se encontrasen en la Iglesia, en donde la habían buscado y encontrado los más res-

petables doctores y los personajes más eminentes de todos los siglos cristianos.

Esta misma tendencia de ayer, nótase hoy en algunas escuelas, que creen compatible la armonía entre la total é hipócrita independencia de la razon y el dogma. ¡Desgraciada doctrina, que trae perturbada á la presente sociedad!

A los elementos de division política que amenazaban gravemente el reposo de la Europa, se mezclaban numerosos gérmenes de fermentacion religiosa. Todo habia contribuido á debilitar la antigua é inmensa influencia de los papas en los sucesos y cosas de la Europa: el largo cisma papal, y las tristes circunstancias que acompañaron la celebracion de los concilios de Constanza y Basilea, y en fin, la vida mundana ó belicosa de algunos de los jefes de la Iglesia. Es verdad que el caballeresco emperador Maximiliano habia firmado (1495) la paz pública en gran número de los Estados de Alemania, y habia asegurado y garantizado su duracion por medio del establecimiento del tribunal imperial; pero la autoridad del soberano se encontraba ya harto relajada para que en caso de necesidad pudiera el emperador obrar con verdadera eficacia, tanto dentro como fuera del imperio. Las ciudades habian ido atesorando riquezas considerables, y se habian ido emancipando; la nobleza vegetaba en la pobreza y la ignorancia, y el pueblo, descontento y oprimido, ansiaba con afan por la revolucion. Los caballeros, idólatras como siempre por la guerra, murmuraban contra la abolicion del derecho del más fuerte, y espiaban la ocasion propicia para tirar de la espada y derrocar á la vez la dominacion de los principes y la del clero. Por fin estalló la guerra, cuando por un lado el llamamiento de Carlos, nieto de Maximiliano, al trono de España (1516), y poco despues al trono imperial y á la sucesion de Austria (1520), hubo excitado los celos de la Francia y de su jóven y ambicioso monarca Francisco I (1515) contra la casa de Augsburgo; y por el otro lado, al Mediodía, la dominacion turca, cada vez más potente y haciendo más progresos, amenazaba al Austria, la Alemania, la Hungría y la Polonia. Tal era la difícil si-



tuacion política y religiosa en que se encontraba entónces la Europa; situacion que reclamaba un genio vasto y organizador, que sinceramente adherido á los intereses de la Iglesia y del Estado, conjurase la explosion de las pasiones comprimidas, que tan amenazadora se vislumbraba ya en el porvenir inmediato, reduciéndolas al silencio por medio de instituciones nuevas que respondieran á las exigencias del momento. De lo contrario, era probable que temeraria mano arrojara prematuramente la chispa que habia de producir el incendio, para el cual tan dispuestos se hallaban habia tiempo todos los elementos. Aquella mano no se hizo esperar mucho tiempo, y la Historia lo atestigüa con una prolongadísima serie de catástrofes. Todo va á agitarse en la esfera religiosa, y la conmocion y exaltacion de los espíritus va á producir sangrientas revoluciones políticas.

El primero que se presentó á conmover entónces de un modo tan desastroso el edificio religioso y social, fué Martin Lutero.

Lutero nació el dia 10 de Noviembre de 1483 en Eisleben. Su padre, primeramente minero y despues consejero en Mansfeld, le hizo dar una educacion liberal en Magdeburgo y en Eisenach, para prepararle al estudio del derecho. En 1501, Lutero estudió la dialéctica y los clásicos latinos en la universidad de Erfurt, y en 1505 obtuvo allí mismo el grado de maestro, y sostuvo conclusiones sobre la física y la moral de Aristóteles. Estos estudios no satisfacian las necesidades y tendencias religiosas de Lutero; por esto y por la impresion que en él causó la repentina muerte de uno de sus mejores amigos, tomó la resolucion de abrazar la vida monástica, y entró en el convento de Agustinos de Erfurt (17 de Julio de 1505), en donde, contra la voluntad de sus padres y amigos, profesó ántes de tiempo, siendo poco despues (en 1507) ordenado de sacerdote. Dedicóse entónces especialmente al estudio de las Santas Escrituras, y se valió de los comentarios de Nicolás de Lyra; y á instancias de Juan de Staupitz, provincial de los agustinos de Meissen y Turingia, se dió á la asidua lectura de San Agustin. Poco despues, el mismo provincial lo propuso al elector de Sajonia, que bus-

caba profesores para su nueva universidad de Wittenberg. En ella (en 1508) empezó Lutero á enseñar la dialéctica, y luégo la teología, hasta que en 1510 fué á Italia á negocios de su orden, aprovechándose de aquel viaje para visitar con religiosa emocion los santuarios de Roma la Santa, como la llamaba él mismo entónces, y deplorando, por decirlo así, el que sus padres no hubieran muerto ya, para poder procurar eficazmente su salida del purgatorio por medio de las misas, las oraciones y demas buenas obras que á la sazón habria ofrecido por ellos. Lo único que lo escandalizó en Roma, fué la poca fe que habia notado en los eclesiásticos romanos, en las conversaciones que sobre puntos religiosos habia entablado con ellos. A su vuelta á Alemania continuó explicando teología, y se dedicó especialmente á exponer las cartas de San Pablo á los romanos y á los gálatas, y el *Salterio*.

Publicáronse entónces en Alemania, en nombre del magnífico y generoso Leon X, las indulgencias cuyo producto ó limosna debia destinarse á concluir la santuosa basílica de San Pedro de Roma, empezada por Julio II. El encargado de esta publicacion era el principe elector Alberto, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, tan magnífico y no ménos dadivoso que aquel pontífice. Llamó al efecto á su diócesis al dominico Tetzl de Leipzig, hombre conocido ya en esta clase de predicaciones, y que habia comprometido la mision que se le confiara, exagerando, aunque no tanto como despues se hizo, el valor de las indulgencias, como si el logro de éstas eximiese al viador de toda penitencia ulterior. En 1500 los principes electores habia protestado ya contra estas publicaciones, y decidido (1510) que no se hicieran colectas con este objeto en Alemania, y el emperador Maximiliano habia sostenido vigorosamente esta medida. El obispo Juan de Meissen habia asimismo prohibido que los predicadores de indulgencias fueran recibidos en su diócesis, y otro tanto habia sucedido en la de Constancia. Por consiguiente no fué Lutero el que primero se pronunció contra el abuso de las indulgencias. Podia legítimamente hacerlo en su carácter de predicador, confesor y doc-





tor en teología; las costumbres de la época le permitían, como lo hizo la víspera de Todos los Santos (31 de Octubre de 1517), publicar por medio de carteles las noventa y cinco proposiciones sobre las indulgencias, que no rechazaba, supuesto que en la septuagésima primera decía: «Cualquiera que hable contra la verdad de las indulgencias, pontificias, sea maldito y anatematizado;» y al mismo tiempo protestaba no querer omitir ninguna opinión que pudiera interpretarse como contraria á la Santa Escritura y á la doctrina de los Padres y de los papas. Pero al mismo tiempo se declaraba, usando de su derecho, contra las exageraciones y excesos, y pedía acerca de la doctrina de las indulgencias, soluciones dogmáticas de que tenía en efecto gran necesidad, á juzgar por el tenor de una parte de sus tesis. Así es que al principio fué altamente aplaudido, entre otros por Bibra, obispo de Wurtzburgo, que escribió al elector Federico recomendando á Lutero á su protección. Sin embargo, desde entonces Lutero se separó de lo justo y de su derecho, no esperando la contestación del arzobispo de Maguncia, á quien había padido se sirviera indicarle la marcha que debiera seguirse para publicar las indulgencias de una manera legítima y conveniente.

La indignación contra el abuso de las indulgencias era á la sazón tan general, que las tesis de Lutero fueron acogidas con unánime aplauso, difundiéndose por toda Europa en ménos de dos meses. Fueron no obstante, refutadas en noventa y cinco antítesis atribuidas á Tetzl, pero en realidad debidas á la pluma de Conrado Wimpina, profesor de Francfurt sobre el Oder. Declaraba en ellas: Que la vida del pecador debe ser siempre una vida de arrepentimiento y de penitencia, aún cuando es verdad que el hombre puede, con la gracia, abstenerse de pecado; que debe hacer penitencia temporal, aún cuando la indulgencia remita las penas eclesiásticas merecidas por el pecado del hombre, y que es preciso que se sujete á las que lo salvan y lo hacen digno del cielo. Tetzl á su vez publicó una refutación de las tesis de Lutero, en la cual ensalzaba desmedidamente el poder del papa. En fin,

el dominico Silvestre Brierias (*magister sacri palatii*), en Roma (1518), y Hoogstraten, en Colonia, conocido ya por su controversia con Reuchlin, escribieron también cada uno un libro contra las proposiciones de Lutero. El método seguido por estos impugnadores en su polémica aumentó el favor y la popularidad del fraile agustino, porque, en su indiscreto celo, al atacar la tesis, atacaron al mismo tiempo á los humanistas á quienes detestaban y atribuían todo el mal. Lutero encontró un adversario de más temible género en el vicecanciller de la universidad de Ingolstadt, el Dr. Juan Eck, sabio de vigoroso temple, erudición vastísima y rara elocuencia, cuyo primer escrito contra Lutero (*Obelisci*), bajo formas tranquilas en la apariencia, dejaba entrever los movimientos de una pasión reprimida. En poco tiempo contestó Lutero á todos los escritos de sus adversarios (á Eck en los *Asterisci*) por medio de un torrente de palabras injuriosas y altivas, con las que mezclaba proposiciones singularmente contrarias á la fe de la Iglesia. Ya en una discusión sostenida en el convento de los agustinos de Heildelberg, en Agosto de 1518, Lutero había formalmente profesado las principales proposiciones anticatólicas que defendió más adelante, y había conseguido asociar á su causa y hacer suyo á Bucero; y en Wittenberg se declaró por él decididamente el Dr. Andres Bodenstein, conocido luego por Carlstadt, del lugar de su nacimiento. Todos aquellos escritos polémicos llamaron de un modo especial la atención pública sobre los principios de la antropología cristiana, que pueden, como nos enseña la historia, inducir á los más graves errores, si no se examinan y discuten con la mayor circunspección y mesura.

Al saber Leon X aquellos movimientos de la Alemania, nombró general interino de los padres eremitas de San Agustín al erudito veneciano Gabriel, promaestro de la orden (1518). Convencido por los rumores que había esparcido Cochloeus, que se trataba de celos entre dos órdenes opuestas, y que aquello no era más que una disputa de frailes, Gabriel se limitó á imponer silencio á Lutero, recordándole, como general de la orden, su voto de obediencia, y



pidiendo al elector Federico el Sabio que interpusiera su autoridad para contrarestar los amañes del heresiarca. El emperador Maximiliano, más perspicaz que Gabriel, había llamado toda la atención de éste sobre los grandes peligros de la lucha empezada, y dijo desde luego: «Dentro de poco las opiniones privadas y las locuras humanas reemplazarán á las verdades tradicionales y á los principios de la salvación verdadera.» Lutero empezó entonces aquella prolongada serie de sus hipócritas protestas por medio de un escrito, en el que trataba de justificarse muy humildemente y de poner de manifiesto sus pacíficas resoluciones. Leon X le concedió un plazo de sesenta días para presentarse en Roma, y á petición de los electores, el mismo papa consintió en que Lutero, sin necesidad de ir á la ciudad Santa, tuviese varias conferencias en la Dieta de Augsburgo con el más distinguido escolástico de su tiempo, el pacífico cardenal legado Cayetano (Octubre de 1518).

No quiso Lutero consentir en una retractación absoluta, y pretendía no haber dicho nada que fuese contrario á la Santa Escritura, á los decretos de los papas y á la sana razón; y abandonando de repente á Augsburgo, apeló del papa mal informado al papa bien informado. Entonces Leon X expuso claramente la doctrina de las indulgencias en una bula, cuyo contenido ya no permitía imputarle las inconvenientes publicaciones de Tetzl, y ponía en claro el verdadero sentido y el uso legítimo de las indulgencias. Al mismo tiempo envió á Alemania á su camarero, el hábil Carlos de Miltitz, con el objeto de ganar la voluntad del elector Federico y persuadir suave y amistosamente á Lutero que se callara hasta que los obispos alemanes fallaran en la contienda. Tetzl, enérgicamente reconvenido por su superior, y temiendo un severo castigo, se había refugiado á un convento, en donde murió. Lutero se dirigió de nuevo al papa (el 3 de Marzo de 1519), y habló todavía de sus nuevas disposiciones. «He ido demasiado lejos, decía, contra la Iglesia romana, combatiendo tan rudamente á inútiles habladores. No lo he hecho más que para evitar á nuestra Madre, la Iglesia romana, el

rubor de verse manchada con una avaricia que le es extraña, é impedir que el pueblo fuera arrastrado al error por medio de una falsa doctrina acerca de las indulgencias.» Al propio tiempo escribía á uno de sus amigos: «No sé, en verdad, si el papa es el antecristo ó su precursor.»

Los adversarios de Lutero pretendían, sin haberlo bien meditado, que la conferencia de los obispos alemanes fuese precedida de una discusión pública, creyendo éste el medio de que fuera más ruidosa la victoria. La conferencia tuvo, en efecto, lugar en Leipzig entre Lutero, su amigo Carlostadio y el doctor Eck, delante del duque Jorge de Sajonia y de un público numeroso (desde el 27 de Junio hasta el 15 de Julio de 1519). Las principales tesis que en ella se agitaron fueron acerca del primado de la Iglesia romana, el estado del hombre después del pecado, la gracia y la libertad, y la penitencia y las indulgencias, en las cuales Eck, superior á sus adversarios por su ciencia, su dialéctica y la facilidad de su palabra, alcanzó una victoria decisiva y arrancó entusiastas aplausos. Durante la discusión, Lutero habla positivamente sosteniendo que la fe salva sin las obras, y estrechado por los pasajes de la carta de Santiago que se le citaron, había puesto en duda la autenticidad de dicha carta y negado abiertamente el primado del papa y la autoridad infalible de los concilios. Con este motivo se renovaron allí tantas veces las opiniones de los hussitas, enteramente conformes con las de Lutero, que el duque exclamó al levantar la sesión: «Ahí está todo el mal.»

A pesar de la momentánea derrota de Lutero, aquella conferencia tan solemne había dado grandísima publicidad á su asunto, y además, en el calor de la disputa había ganado para su causa al más importante de todos sus discípulos, Felipe Melancton (*Schwarzerde*, tierra negra), sobrino del famoso Reuchlin, Felipe, natural del Bretten en el Palatinado del Rhin (donde nació en 16 de Febrero de 1497); se había dedicado á excelentes estudios en Pforzheim y en Heildelberg, y se había granjeado reputación de eminente literato, publicando en 1513 una gramática griega y unos comenta-





rios sobre los autores clásicos y la filosofía de Aristóteles. De carácter bondadoso y costumbres puras, era más pacífico y discreto que Lutero, pero en cambio no poseía su verbosidad ni su energía, y hasta puede decirse que su entendimiento no era ni muy recto ni muy perspicaz. Por recomendación de Erasmo había sido llamado á Wittenberg para enseñar en su universidad la literatura griega, y allí fué donde compuso su apología de Lutero. Animado éste por los elogios de su nuevo amigo, y excitado por los hussitas de Bohemia, con quienes estaba en correspondencia, pronto olvidó su vergonzosa derrota de Leipzig, y disgustado de la lentitud de Miltitz, se atrevió á remitirle con su tratado de *Libertad cristiana* un escrito dirigido al papa (11 de Octubre de 1520) y lleno de groseras injurias: «Quiera Dios que, despojándote de los honores del pontificado, te contentes en adelante con un simple beneficio ó con lo que heredaste de tus padres. En verdad te digo, que sólo Júdas y los que se le parecen, y á quienes Dios tiene maldecidos, serían capaces de admitir los honores que se te tributan, etc.» Esta ultrajante y grosera carta hubiera bastado, si á las instancias de Eck no se hubiera hallado ya pronunciada la sentencia, para justificarla y aún pronunciarla mucho más severa. Presintiendo Lutero la tempestad, y para atenuar los efectos de la condenación que iba á caer sobre él, había repartido con extremada prodigalidad su *Sermon sobre la excomunión*.

Hasta entónces Lutero no se había pronunciado formalmente contra la Iglesia; pero en adelante se declaró ya siempre contra ella y su autoridad, no respetando nada de cuanto estuviera en oposición con sus opiniones y designios. Los años 1520 y 21 le vieron desplegar una prodigiosa actividad literaria; parecía que iba á devastar el mundo con las armas de su poderosa palabra, no dejaba en paz á nadie, y era preciso ó seguirlo ó combatirlo con energía, pues no quería sufrir género alguno de contradicción.

Por otra parte, su sistema no era más que un misticismo panteista resucitado de las doctrinas de los Cátaros, de los Valdenses, de los

hermanos del Espíritu libre, de los hermanos apostólicos, de Amaury de Bene, del maestro Eckar, de Wiclifo, de Juan Huss y del autor de la teología alemana, sectarios todos á quienes por lo mismo los protestantes han designado como precursores de los pretendidos reformadores. ¡Sin embargo, semejante sistema era proclamado como el puro sistema de las Santas Escrituras, fuente única de la fe! Hé aquí cuáles eran sus principales proposiciones. El pecado original ha corrompido completamente la naturaleza humana, por cuya razón nace el hombre absolutamente siervo. La fe sola justifica, y el hombre se salva por la confianza que tiene en el perdón de Dios (proposición singularmente fecunda y que concede al hombre una indulgencia plenaria de sus pecados y de las penas debidas á los mismos, tan grande y tan fácil de ganar, que jamás papa alguno ha pensado en conceder otra semejante). La jerarquía y el sacerdocio no son necesarios, y el culto exterior es inútil. De nada le sirve al alma que el cuerpo se cubra de vestiduras sagradas, como hacen los sacerdotes, ni que vaya á la iglesia, que se ocupe de cosas santas, que ore, ayune ó vele, ni que se dedique á ninguna clase de buenas obras. Los únicos sacramentos que deben conservarse son el bautismo, la cena y la penitencia, y aún estos pueden retardarse y suplirse por la fe. Cada cristiano es sacerdote, consecuencia necesaria de la no admisión de la iglesia exterior y de la posibilidad para el hombre de salvarse sin los medios especiales de salvación instituidos por Dios.

En sus más violentos escritos, titulados: *A la nobleza alemana, Perfeccionamiento del cristiano, Esclavitud de Babilonia, y Libertad cristiana*, desenvolvió principalmente Lutero la proposición, tan lisonjera y peligrosa para el pueblo, de que todo hombre es sacerdote. En ellos excita además al emperador á destruir al papa, apoderarse de los bienes eclesiásticos, atribuirse las investiduras, y abolir las fiestas eclesiásticas y las misas privadas, que no sirven más que para comer y beber.

Lo que animaba á Lutero en semejante osadía de doctrina y de lenguaje, era el apoyo de los nobles más influyentes del imperio que,



según él mismo decía, y según sus preocupaciones fatalísticas, eran unos enviados del cielo, armados para defenderlo. De esta manera se hallaba asociado á hombres animados de un espíritu verdaderamente pagano. Tal era, entre otros, Ulrico de Hutten, de una antigua estirpe de nobles caballeros de Franconia.

Hutten, destinado desde luego por sus padres al estado eclesiástico, y habiendo entrado al efecto en la escuela de Fulda, se entregó con el entusiasmo exagerado de su siglo al estudio de los clásicos, en el cual perdió la fe, y con ella todas las virtudes morales. Se fugó del monasterio donde estaba estudiando, se declaró abiertamente contra el cristianismo, abandonóse al más infame libertinaje, y consignó públicamente sus deshonorosos principios en poesías de un latín excelente. Sucesivamente soldado, folletista y poeta, siempre temido y á veces admirado, acabó por reconquistar el favor de su familia, gracias al talento oratorio que desplegó en varios folletos, escritos para sostener la justa causa de un pariente inicua-mente asesinado. Buscando siempre y en toda ocasión lucir su verbosidad y su genio, se entrometió en la disputa de Reuchlin con Pfefferkorn, y levantó al uno hasta las nubes, y vomitó un torrente de injurias contra el otro, asociándole todo el clero regular (*triumphus Capnionis*). Declaró públicamente que estaba conjurado con veinte libres pensadores para destruir los frailes, y pretendiendo pasar por defensor de la humanidad y de la libertad, no tuvo empacho en describir, con la más refinada crueldad de un verdugo, las torturas y el género de muerte que hubiera querido imponer al judío bautizado Pfefferkorn, que había sido el primero en llamar la atención de la Iglesia sobre el peligro que encerraban algunos libros hebreos. Uno de los principales resultados de aquella conjuración contra los regulares, fué el folleto tantas veces citado, *Epp. viror. obscurorum*, al cual añadió Hutten la publicación del libro de Lorenzo Valla, precedido de una dedicatoria burlesca al papa Leon X. La venta de estos escritos, llenos de hiel y de chistes del peor género, y adornados de láminas obscenas é injuriosas, hechas por

el célebre grabador Lucas de Kranach, se anunciaba en las puertas de las iglesias al lado de los libros de piedad. Hutten y sus amigos nada omitían para llegar á conseguir su objeto, que era ver destruida toda la familia monástica. Primeramente procuraron atraerse la voluntad de los príncipes. «Es preciso, escribía Hutten á Pirkheimer, ganarlos á toda costa, unirse á ellos sin dilación, y aceptar de sus manos todas las funciones públicas y privadas, pues de esta suerte es como los juristas y teólogos entran y se conservan en favor.»

De modo, que ántes de la explosión de Lutero, y fuera del círculo de sus tendencias pseudo-místicas, se había formado ya una conjuración enteramente pagana contra la Iglesia, y una verdadera reacción materialista contra las ideas religiosas y reveladas. Dos partidos tan extraños, todo carnal el uno y el otro todo espiritual, en su origen á lo ménos, no podían unirse contra la Iglesia más que por medio del vínculo de un odio común.

Perteneciendo Hutten por su nacimiento á la nobleza, supo comunicar el encono original de los humanistas y filólogos contra el clero á todos los de su clase, que aún cuando se apropiaban con frecuencia los tesoros de la Iglesia, jamás había soñado hasta entónces en rebelarse contra su autoridad. Al recuerdo de antiguos días y de las costumbres de sus mayores, los nobles estaban incomodados por no poder resolver ya sus querellas y sostener sus pretensiones con la punta de su espada y al frente de sus amigos, de sus escuderos y vasallos, y se les hacía insoportable la obligación de acudir, de un modo tan poco caballeresco, á la justicia de un tribunal pacífico. Los hábitos guerreros habían sofocado en ellos todo sentimiento de justicia y de humanidad; su máxima constante era que «montar á caballo y robar no es vergüenza, pues los más virtuosos lo hacen también á las mil maravillas.» Y sostenían con la más cándida frescura, que naturalmente el comercio estaba destinado á ser robado por la nobleza.

Así vemos que muchos caballeros se lamentaban de la celebración de la paz pública de